



Capítulo 478: Vanny, vaca lechera

Había pasado un mes desde que Virgilio había impreso algo mucho más allá de su fuerza en el cuerpo y la mente de esa criatura.

El entrenamiento había sido brutal—días completos de combate sin concesiones. Pero ahora, mientras la veía cruzar el campo de piedra, sabía que el esfuerzo había dado sus frutos.

Ella ya no era la bestia salvaje que había sido antes.

Sus pasos eran firmes, deliberados, pero aún conservaban la facilidad depredadora de un animal que sabía exactamente lo fuerte que era. Su cola giraba lentamente detrás de ella, el movimiento era sutil y calculado. Cada músculo de su cuerpo —desde sus anchos hombros hasta sus piernas gruesas y resistentes— parecía esculpido para la guerra.



Su cabello blanco plateado, una vez enmarañado, ahora caía en ondas bien cuidadas hasta la mitad de su espalda, reflejando la luz como seda del sol. Sus mechones sueltos enmarcaban sus delicados rasgos, pero no ocultaban la ferocidad en sus ojos—ojos de un intenso tono púrpura, casi hipnóticos. Dos colmillos discretos aparecieron cuando sonrió con el rabillo de la boca, esa sonrisa que Vergil aprendió a reconocer como el preludio de un ataque bien dirigido.

Sus cuernos, pulidos e imponentemente curvados, brillaban con un brillo sutil —no natural, sino el resultado de las pequeñas runas de refuerzo que él mismo había grabado en ellos. No eran sólo parte de su estética. Eran armas y ella sabía cómo usarlas.

El atuendo era... provocativo. No por casualidad. Ella lo había elegido y Virgilio no se opuso. Un traje de baño ajustado confeccionado en tejido reforzado,



azul denim, con botones y tirantes dorados que entrecruzaban su torso, moldeándose perfectamente a sus amplias curvas. Sus muslos, anchos y poderosos, estaban cubiertos sólo hasta la mitad por medias blancas estampadas con manchas negras —un recordatorio inevitable de su naturaleza original. La combinación creó un contraste tan marcado como intencional: inocencia y peligro en el mismo cuerpo.

Ella sabía el efecto que tenía.

Pero lo que realmente llamó la atención de Vanny —aunque su nombre aún no había sido pronunciado— no fue su apariencia. Era la forma en que se movía.

"¿Manos limpias hoy? Tu estilo ha cambiado mucho." Vergil preguntó, sentado sobre una roca, Yamato se apoyó a su lado.

"No necesito espadas; son inútiles con mi poder", respondió ella, con su voz ya sin esfuerzo, firme, casi melódica. "Lo que hago... es ser el terremoto mismo."

Levantó una ceja. Ella no estaba alardeando. Ella estaba afirmando un hecho.

Con el paso de las semanas, había desarrollado algo propio. Si bien Vergil confiaba en la precisión de las cuchillas y los cortes quirúrgicos, había aceptado el impacto crudo. Cada golpe desde sus puños y rodillas estaba calculado para transferir la máxima fuerza a un punto mínimo, rompiendo huesos y aplastando órganos antes de que el enemigo se diera cuenta de la gravedad de la lesión. Más que fuerza física, ahora entendía cómo usar su peso, cómo rotar sus caderas, cómo hacer que cada centímetro de su cuerpo funcionara para un solo golpe.

Ese día, el entrenamiento comenzó sin previo aviso.



Vergil simplemente se puso de pie, Yamato todavía enfundado y avanzó. Su primer golpe fue bajo, apuntando al hígado, y él tuvo que dar un paso atrás más de lo esperado para evitar el impacto. El segundo, un uppercut ascendente, casi le roza la barbilla.

Ya no era la fuerza ciega de antes. Había cadencia. Hubo lectura.

"Ya no te mueves como un animal", comentó, esquivando otro golpe y sintiendo el viento atravesarle la cara. "Piensas mientras atacas."

"Aprendí de ti... y contra ti," dijo ella, girando para lanzar una patada lateral que rompió el suelo mientras él esquivaba.

El entrenamiento duró varios minutos y Vergil se dio cuenta de que empezaba a disfrutarlo más de lo que admitiría. El intercambio de golpes fue un diálogo—rápido, intenso, con frases cortas y respuestas inmediatas. Y ella, de hecho, estaba respondiendo de la misma manera.

Cuando su último puñetazo aterrizó en su mano abierta, él la agarró de la muñeca y la empujó hacia abajo, poniendo fin a la pelea. Ambos estaban jadeando. No por agotamiento físico, sino por el calor de la pelea.

"Estás listo," dijo.

"¿Para qué?" preguntó, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. "Para recibir un nombre."

Ella parpadeó, confundida. "¿Nombre?"



"Hasta ahora, sólo has sido una criatura bajo mi mando. Pero ya has demostrado que eres digno de ser... algo más. Un nombre es más que una identificación. Es un símbolo. Y los símbolos tienen poder."

Ella permaneció en silencio, observándolo atentamente. Vergil dio unos pasos, rodeándola como si analizara cada detalle —desde la tensión sutil en sus músculos hasta su postura erguida y segura.

"Vanny," dijo finalmente, y la palabra salió con firmeza, como si ya estuviera escrita en su destino.

"Vanny..." repitió, probando el sonido. Y sonrió. "Me gusta eso."

"Ahora es tuyo." Vergil se acercó, tocándose la barbillas para que ella lo mirara directamente. "Pero recuerda: un nombre puede ser elevado... o arrastrado por el barro. Tú decides qué harás con el tuyo."

Su mirada púrpura brillaba y había algo casi desafiante allí. "Entonces te haré temer."

Soltó una suave risa. "Buena respuesta."

Las siguientes horas se dedicaron a un tipo diferente de formación. Vergil le pidió que demostrara, sin reservas, cómo usaría su estilo contra múltiples enemigos. Titiana y Zuri, observando desde lejos, vieron un espectáculo. Vanny se movía como una ola de acero y carne, cada golpe reverberaba en el aire con un estruendo sordo. Cuando aterrizó, el impacto resonó —no como un golpe hueco, sino como un trueno concentrado.

El campo se llenó rápidamente de cuerpos caídos —algunos ilusorios, convocados por Virgilio simplemente para medir su desempeño; otros, bestias



reales que se habían acercado, atraídas por el olor del poder. Ninguno permaneció de pie más de unos segundos.

Finalmente, ella se acercó a él nuevamente. No había sangre en sus manos, pero el olor de la batalla todavía era fuerte.

"¿Y?" ella preguntó.

"Vanny..." comenzó, y por primera vez, el nombre parecía llevar algo más allá del control. "Eres mi creación más prometedora. Pero no nos equivoquemos. Eso no te hace irremplazable."

"No quiero ser irremplazable", respondió ella, inclinándose ligeramente hacia adelante, con los ojos bloqueados con los de él. "Quiero ser único."

El silencio que siguió fue pesado, pero no hostil. Virgilio conocía la ambición. Y ahora lo tenía a raudales.

El sol ya se estaba poniendo cuando se dio la espalda y comenzó a alejarse.
"Descansa hoy. Mañana volveremos a conquistar el bosque."

...Vergil no entendía del todo lo que acababa de crear, pero no muy lejos... Una mujer estaba completamente loca por el poder...

'Mata... Come... Hazte más fuerte... Honra al Maestro... Destruye esa maldita vaca lechera con ese cuerpo pecaminoso...' Rize estaba sentado sobre una flor púrpura en una cascada de sangre...



'No... matarla enojaría al maestro... Necesito hacerme más fuerte... y más hermosa... para que el maestro me mire... Sí... mi maestro... Solo el mío...' Rize... se estaba devorando a sí misma para volverse más fuerte...

